

Cómo pasar de enamorada-arrastrada a lapidaria-despechada sin perder el glamour poético-discursivo. Poemas de Elena Vera

Clea Rojas Freites / ilona@ula.ve

Universidad de Los Andes (ULA)
Mérida-Venezuela



Recibido: 13-09-2008 • Aceptado: 07-10-2008

Resumen

A través de la lectura comentada de algunos textos de la poetisa venezolana Elena Vera (*Acrimonia* (1981) y *De amantes* (1984)), se mostrarán los cambios en los marcadores discursivos que denotan los vaivenes de la mujer (hablante lírico) entre la adoración y el desprecio del hombre; cómo varía su expresión para destacar el tono, el punto de vista y la valoración que la amante emocional hace de sí misma y del sujeto masculino, según el mismo hombre se comporte o se soporte.

Escrito en un estilo coloquial- conversacional, pero sustentándose siempre en el rigor del análisis lingüístico-literario de los poemas (de un lenguaje claro, preciso y siempre muy poético), este trabajo pretende destacar cómo la mujer protagonista de estos textos enaltece su encanto y su lucidez, y canta su paso de arrobada a robada en asuntos del amor, señalando sutilmente la universalidad del salto abrupto que suele dar el hombre "del bello al bellaco", según la certera y voluble visión femenina.

Palabras clave: alternancia, discurso amoroso, amantes, poesía.

How to pass from dragged-enamored to disheartened-lapidary without losing poetic-discursive glamour. Poems of Elena Vera's.

Through the commented reading of some texts belonging to the Venezuelan poet Elena Vera (*Acrimonia* (1981) and *De amantes* (1984)), the changes in the discursive markers denoting the swings of the woman (lyrical speaker) between the adoration and the contempt of man will be shown; how her expression changes to underline the tone, point of view and judgment that the emotional lover performs of herself and of the male subject, depending on the way he behaves or is tolerated.

Written in a conversational-colloquial style, but sustaining itself always on the rigor of the linguistic-literary analysis of the poems (with a clear, precise and always very poetic language), this work aims at heightening the way the woman main character of these texts enhances her own charm and lucidity while singing her transition from fascinated to robbed in matters of love, subtly pointing out the universality of the violent shift that man tends to make from "noble to scoundrel", from the accurate and voluble feminine vision.

Keywords: alternation, love discourse, lovers, poetry.

Abstract

1.- La anti-heroína.

Cuando yo tenía diecinueve años, empecé a escribir poemas de tema amoroso que cuestionaban la fidelidad, a los hombres y sus farsanterías: los amaba pero los criticaba, me dejaban y los dejaba. “Me matas, pero me gusta”, como cantaba una salsa erótica de esa misma época.

Por ese entonces, cayó en mis manos el poemario *De Amantes*, de la poetisa venezolana Elena Vera, publicado en 1984. Me sentí completamente identificada con la redactora de aquellos textos. Memorice unos cuantos, que se convirtieron en una bandera para mí - y Elena en mi heroína- por escribir cosas como esta:

Ella es / la otra // aquí //
Yo soy / la otra / allá //
Simple problema de
distancias //
La que entre en tus brazos /
será / única.

Unos años después llevé a un Simposio de Literatura Venezolana una ponencia titulada *Elena Vera, una y Múltiple*, donde ensalzaba la categórica valentía de Elena para desmontar, en su poesía, la conducta masculina, y me morí de susto y a la vez de emoción cuando supe, ya en pleno Simposio, que la propia Elena Vera estaría en mi misma mesa de lectura.

Yo la imaginaba hermosa, fuerte, sensual e irreverente como su poesía, pero resultó que la autora

era una mujer bajita, menuda y más bien poco agraciada.

Cuando terminé de leer mi ponencia, Elena se acercó y me dijo algo como esto: “me gustó mucho lo que escribiste, pero esa no soy yo en la realidad. En todo caso ese es mi *sujeto lírico*. ¡Ojalá yo fuera así de valiente! Si lo fuera, los hombres no me habrían jodido tanto y estarían haciendo cola detrás de mí, todos enamorados...”. Eso me lo dijo con gran aflicción, y yo, como admiradora suya, no supe si sentirme estafada o triste. Allí mismo me enteré de que para ese entonces ya Elena estaba muy enferma del estómago, somatizando las penas de haber estado toda la vida enamorada de un hombre casado que hacía y deshacía con ella, a decir de sus amigas y confidentes. (Para los que no lo saben, Elena Vera, además de reconocida poetisa, fue una excelente docente y entusiasta investigadora de la Literatura Venezolana. Nació en Caracas, en 1939 y murió en 1997, consumida por la enfermedad).

2. Las primeras noches fueron de gloria / después vinieron las siguientes... Gustavo Pereira.

A toda persona le ha ocurrido que se enamora, cree haber descubierto al ser perfecto, pero luego sobreviene la crisis y cae en picada bajo el efecto de la realidad. Es un tema universal y tri-



llado en la literatura. Pero cuando la desengañada es mujer ¿Qué hombre no ha pasado entonces de Papacito a Payasito en un abrir y cerrar de besos, sin modificar su partida de nacimiento, psiquitrillado por la implacable lengua femenina? Tanto peor si esa lengua es escrita.

Poemas de amor y poemas de despecho hay a montones, y no pocos son malos y plagados de lugares comunes. Es una virtud poder escribir sobre estos sentimientos con la originalidad, la calidad y la gracia con que lo hace Elena Vera en sus poemarios *Acrimonia* (1981) y *De Amantes* (1984). Y la fuerza de su escritura tiene que ver (en buena medida, creemos) con su carácter autobiográfico y testimonial.

El paso del amor al odio ha sido descrito, estudiado y justificado por sociólogos de la talla de Francesco Alberoni en sesudos ensayos como: *Enamoramiento y Amor* (1980) *Te Amo* (1997) y *El Misterio del Enamoramiento* (2002). Si el sociólogo italiano hubiese leído a Elena Vera, sus poemas le habrían servido para ejemplificar paso a paso ese complejo y conocido proceso que hay del enamoramiento al desengaño. En este sencillo trabajo recrearemos discursivamente ese proceso en tres etapas: amor arrastrado, crisis de la realidad y despecho lapidario, desde esa voz femenina que en ningún caso dejó de hacer poesía.

3. La encandilada

En una primera instancia, hallamos en la poesía de Elena a una mujer enamorada exaltando, en textos muy concisos, los síntomas de su sentimiento: la clásica maravilla del amor, el andar encantado por la vida, la fusión con el otro, la entrega total:

El Resplandor

*Hoy he visto la luz / De pronto / se iluminó el
lado opuesto de todas las cosas/
Aunque era noche cerrada / el resplandor hizo
arabescos / contra el horizonte
Tú venías por el camino*

¿Habrás visto mayor deificación, producto de la ilusión amorosa? Que el otro es la luz que todo lo ilu-

mina es un motivo romántico consabido, sin embargo la referencia a la noche cerrada y el haber dejado para el final la explicación del resplandor le dan otro efecto al poema de Elena, que se aleja así de la normal cursilería, pero no de la ceguera emocional.

Otro poema de magno arrobamiento dice:

Trabajos

*Mi quehacer no consiste / en la política / ni en
la industria
ni siquiera espero las lluvias / ansiosamente
Las flores se abren sin que yo lo advierta /
Yo voy sólo hacia ti / despaciosamente / y sin
esfuerzo te llego //
Mi quehacer diario es amarte*

¡Peor todavía! ¿Cómo es posible que una mujer renuncie voluntariamente a toda ocupación u oficio, e ignorante hasta de los fenómenos naturales, resuma su actividad al amor *de*, ligera y como orgullosa de ello? De paso, tal como Elena lo canta, hasta provoca ser así; podría dar gusto el oficio formal de querer, y cualquier trabajadora enamorada que lo leyera haría de este poema una justificación clínica para su desinterés o ausentismo laboral.

Ahora bien, para la autora del libro *De amantes* (1984), la bendición de amar no se limita a la pareja legal: allí se parte de la figura de “la otra”, da la revalorización del “segundo frente”. Ella está orgullosa de jugar ese papel y en vez de estigmatizarlo lo ensalza:

La Azucarada

*La que se deslía en besos / Surtidora insaciable
/ que desprecia los escondites /
aún los más sagrados // La del deseo triunfante
/ que diligencia y negocia /
con la imaginación /
Esencia de lo innombrable / azúcar derretida /
en los actos de suprema magia /
La que ensordece de poesía / y / sólo vive a
través del epíteto*

La amante puede reírse de la esposa y no quiere sustituirla. Es todavía la enamorada entregada que

no solo se conforma con su lugar, sino que hasta le halla ventajas:

*La esposa diligente / se levanta temprano / Llena la bañera /
y / desdobla las toallas / azules para la camisa /
grises para el traje /
y la corbata / signo de distinción / Tres gotas de
lavanda / subrayando el estatus /
y / adiós amor mío //
Te miro y me sonrío // La esposa diligente / trabaja para mí.*

¡Qué bueno es ser la amante!: la amante conoce su espacio y su poder: ella es poesía, fulgor, deseo y libertad. Alberoni (1997) describe así este tipo de relación:

La relación amorosa es separada del mundo, protegida en su pureza, arrancada de la vida cotidiana, de los discursos de la gente y del control social. Entonces todo el deber, toda la fatiga, quedan fuera y todo el bien, todo el desenfreno, toda la libertad, toda la alegría dentro (...) Amor secreto, clandestino, protegido y aislado. Todos los deberes conyugales se han cumplido, todos los trabajos profesionales terminado. Entonces se concede, merecida, la fiesta del alma y del cuerpo, el tripudio (p.106)

Y la amante de Elena Vera pareciera celebrar esa fiesta...

3. 1- La desespertada.

Pero si ser "la otra" tiene tantas ventajas ¿Por qué surge luego de ella la queja y el reproche? El hombre siempre es señalado como el culpable, porque le ofrece a la amante divorciarse y hacerla su legítima mujer. Las mayoría de las veces estas promesas son falsas, y sin embargo la amante sigue ejerciendo de tal. Pero incluso si la oferta del varón tuviera alguna posibilidad de certeza, siendo que la esposa es siempre una pobre mujer engañada, compadecida por la amante; una mujer resignada, triste y hasta con sobrepeso ¿por qué querría la feliz amante sustituirla, y por qué se mete siempre a juzgar al hombre que permanece al lado de su esposa? Así empieza el ataque verbal, inteligente y preciso:

*Todos los días / mi cuerpo tiembla por ti / pero tú / ni te enteras
Duermes plácidamente / en tu cama King-size / abrazado a ella
a tu vieja costumbre / de viejo mueble usado
Te estás muriendo en vida / Te estás cayendo a pedazos
y ni te enteras //
Y mientras tanto / tiemblo por ti / todos los días
Yo que soy la vida //
Yo / que soy la flor de la maravilla*

Si la esposa es *una vieja costumbre de viejo mueble usado* y tú *la flor de la maravilla*, ¿por qué no la ha dejado por ti?, y tú ¿qué haces amando a un hombre que no puede distinguirlas, o a un cobarde que aunque las distingue no hace nada? Es el fin del idilio, pero no el de la relación. La amante empieza a andar despechada sin que el vínculo haya terminado, y sin querer terminarlo, pero usa el poema para denunciar irregularidades e inconsecuencias afectivas. Hay en ello algo de culpa femenina por enamorarse de un Príncipe que deja de serlo al mostrarse tal como es: incapaz de discernir, cómodo e inerte. *¡Se está muriendo en vida, y ni se entera!* Qué hombre tan defectuoso ¿Dónde quedó aquel que resplandecía hasta en *noche cerrada*? "Muchos amantes, sin saberlo, terminan siendo el sostén de la relación que precisamente quieren que se acabe", explica el psicólogo Walter Riso (2000). Pero esta poetisa enamorada hace de sostén sabiéndolo.

Sin perder su glamour poético, la amante en Elena Vera se resta un poco de culpa: opta primero por señalar al hábil farsante que con trampas y truculencias la ha enmarañado y confundido: es calculador, escurridizo y banal; ese es su saber, su táctica de hombre, es el enmascarado de lata:

*Eres lo tornadizo, / lo inestable/ inútil es querer cambiarte,/
Más/ fácil / sería/ guardar en un armario/ el viento de la primavera*

**

Vienes/ en el silencio de las tardes/ Pones/ la máscara sobre una silla/ y tiemblas

Máscaras

¿Quién eres tú / detrás de esa máscara cambiante?
Sabiamente barajas las cartas / Bajo los focos / haces despliegues de ases y de reinas/
Te desplazas con precisión / sobre altos coturnos / y tu risa nadie ve / ni presente/ A escalas silenciosas / diriges los asuntos del amor / y del desprecio //
Esa máscara antigua / impide ver / a los espectadores y / a las víctimas

La que era fuerte por amor, ahora es vulnerable por lo mismo. Primero reconoce su debilidad, su estar y ser arrastrada ante el amado, después del cual no hay nada:

Ando empapada de muerte/ porque después de ti/vendrán/el miedo// y //
la ceniza/los largos días ya vacíos/el aire sucio de las calles

**

Lo sé / la soledad puede borrarirme // Cada vez / pisas el límite / y / me cubro // Bajo tu mirada / estoy inerme / Temblando //
No es tu presencia / sin embargo / lo que más temo

Luego hay en la dama breves ráfagas de sensatez y realismo, y así admite los altos riesgos de la relación en poemas como *El Papagayo*:

Era mejor cortar / las amarras / si / el papagayo estaba enredado / en un cable de alta tensión

Finalmente la enamorada abre los ojos, se rebela, reconoce el dolor para dejarlo atrás y minimiza al sujeto que antes la subyugaba, exorcizando su ceguera en la palabra. Surge entonces la exultante emanci-

pada, pisoteando la venda que se ha caído al fin de sus ojos.

3. 2- La lapidaria libre.

Actos de fuga

Percibo ya / actos de fuga //
En verdad ya existíamos poco / pero / estos desgastes transitorios nos vuelven delicados / durante muchos días / convalecientes //
Salgo / pues / de tu espacio / número inexistente / apenas / reverenciado //
Quédate con la delirante melancolía / de las tardes/
No averiguaré / tu sombra

La frase *número inexistente apenas reverenciado*, tal como se ubica en el cuerpo del poema, resulta levemente ambigua: puede lo mismo referirse a ella, la que sale, que a él, el dueño del espacio. Los dos se la merecen. En cualquier caso, es este el momento en que el bello se vuelve bellaco. Fin del encanto y del quebranto. Qué alivio poder despreciar a ese fulano a quien presentíamos despreciable. Es en esta etapa cuando las amigas al fin comentan con libertad: ¡*Es que, francamente, yo no sé qué le viste tú a ese tipo*! (-Yo tampoco-, completará la iluminada). Si lo dicen antes, mientras estamos enamoradas arrastradas, parecen todas unas arpías envidiosas. Pero llegada a la iluminación del desencanto, cada mujer se vuelve de hecho una predicadora de este saber desenmascarante.

Algunas sorpresas

Insomnes de soledad / nos arrastramos / cada día / cada noche/
en tanto que la lástima / y / la repulsión / por lo que antes amamos / nos entorpece los huesos //
Disposición triste en la boca/ y la terrible certeza / de que todo ser amado / que elegimos / No era más que un tiempo / y algunas sorpresas

Esta es la sentencia lapidaria de la fémína ya curada: la hora de dejarlo fue siempre. *Hombre no es gente, ni marido es familia*, como dicen las sabias y las magas. Si asumimos el amor como un estado transitorio por naturaleza, y aprendemos que la maravilla es un producto intrínseco de ese estado y no una cualidad individual de varón alguno, estamos liberadas. Podemos amar sin sufrir. Por eso *Futuro*, el poema que cierra el libro *Acrimonia* (1981) de Elena Vera, dice así:

*Estos golpes de luz están condenados / al fracaso
Tal vez / en el instante de subir a un ascensor/
pierda tu sonrisa
Hoy debería decir que está bella la mañana /
Debería comprar la valla más grande /
para gritar a los automovilistas / y los transeúntes /
que te amo /
pero también estas señales / tienen la certidumbre de la muerte/
Está escrito / cierto día / de nuevo te harás presente /
miraré tus costados / escrutaré las rayas y el color de tu traje /
y entonces / me preguntaré /
dónde estaba la maravilla.*

No por casualidad el último poemario de Elena Vera, titulado *Sombraduras* (1987), es el continuo y descarnado lamento de una desahuciada por el mal de amor. Citamos de allí un fragmento para dar una idea del tono que impregnó la última poesía de la autora:

*Yo soy la comecardos / La que cerró el abanico
/ la que ya no lo abre / Soy la que no me levanto.*

Conociendo su vida y su poesía, estoy convencida de que Elena Vera murió por amor, porque la valentía de su “sujeto lírico” no pudo salvar el requiebro de su ser real. Pero *La Flor de la Maravilla* nunca perdió el glamour poético, legado literario con el que otras lectoras y escritoras amantes podrían aprender a vivir sin morir.



Referencias Bibliográficas

- Alberoni, F. (1997). *Te Amo*. Barcelona: Gedisa.
Riso, W. (2000). *Jugando con Fuego*. Bogotá: Norma.
Vera, E. (1981). *Acrimonia*. Caracas: Arte.
.....(1994). *De Amantes*. Caracas: Caracas.
..... (1987). *Sombraduras*. (n d).

